

LA NACION

AÑO I.—Núm. 29

Santiago de Chile, Domingo 11 de Febrero de 1917

Imprenta y Oficinas: Agustinas 1269

De don Ernesto de la Cruz.

El Paso de los Andes y la batalla de Chacabuco 1817-1917

El plan de operaciones ideado para alcanzar la restauración de la Independencia de Chile perdida en Rancagua dos años antes, Octubre de 1814, sobre la base del paso de los Andes del modo y formas en que San Martín se lo propuso, puede compararse con las concepciones estratégicas de los más expertos y audaces capitanes. Y el desarrollo admirable de la combinación, calculando con precisión matemática el tiempo y las distancias para la marcha de las diversas unidades que separadamente y por muy diferentes puntos debían traspasar la alta cordillera; el examen detenido y analizado de los pasos y bocaneros de los recursos del camino y de la disposición, número y calidad de las fuerzas enemigas en el vasto territorio que se proponía invadir; el ingenio, en unos casos, y la audacia, en otros, con que salvara la falta absoluta de recursos y de dinero para la organización de la magna empresa; la implantación, en fin, de un servicio de espionaje tan seguro como admirablemente seleccionado en sus elementos y calculado en sus fines, confirman en el criterio de la Historia, las aptitudes superiores del Capitán de los Andes.

Puede que la idea primaria de la invasión naciera, antes que en el suyo, en el cerebro potente del ilustre diplomático y político don Tomás Guido, con una superabundancia de literatura librea y de amor filial lo ha pretendido demostrar el inspirado vate don



BERNARDO O'HIGGINS

From a photograph sent by the Chilean Legation

Brigadier don Bernardo O'Higgins

Pongámoslo en las guerras de la Revolución y del Imperio: llenaría el papel del abnegado Hóche, cuando se malogra, o del prudente Moreau, cuando sale proscrito.

Tal la idiosincrasia del general San Martín, trazada por la pluma de oro del más honrado y pulcro de los escritores rioplatenses.

A su lado colocó la suerte, por raro caso, dos hombres venidos de pueblos distantes y distintos, de caracteres también dispares y que sólo se hermanaron en el servicio de una misma gloriosa empresa: los brigadieres don Miguel Estanislao Soler y don Bernardo O'Higgins.

Después de Chacabuco, dispares correrán de nuevo sus destinos. Había nacido Soler en Buenos Aires por los años 1783. Hijo de un oficial español de activa carrera, hacia las armas encausáronse desde temprano la voluntad y aptitudes del futuro general.

O'Higgins, nacido en Chillán cuatro años antes, educado en Lima e Inglaterra, se inclinó de

mente, el 24, salían los últimos cuerpos de la expedición, el parque general y la maestraña del Ejército.

La marcha a través de los desfiladeros de los Andes orientales, fué imponderablemente penosa; pero las instrucciones impartidas a los jefes divisionarios se cumplieron durante ella con acierto y lealtad.

Desde la cumbre, el avance fué aún más difícil, a pesar del descenso debido a lo abrupto de las faldas occidentales.

El 4 de Febrero, las fuerzas que, al mando del comandante don Ingeniero don Antonio Arco, había destacado el brigadier Soler hacia Valle Hermoso, sorprendían las guardias del ejército enemigo y franqueaban la entrada al valle. En las primeras horas de la madrugada del 6, Soler, adelantándose a la división de su mando, con la escolta del general en jefe y dos escuadrones de caballería, iba a situarse, a su vez, en la embocadura del valle de Putaendo, no sin haber vencido antes la resistencia de los destacamentos realistas.

territorio de Chile, sea Ud. nombrado Presidente de él, con entera y absoluta independencia de este Gobierno. Me resultan dos satisfacciones de esto: la primera haber firmado e invitado para ello, y la segunda que el Gobierno de mi país acredite a la faz del mundo que no es ambicioso, ni piensa dominar países amigos y hermanos, sino salvarlos de la opresión tiránica en que gimen. Cuidado que esto no se dice a nadie, pues podría comprometerme, y estoy encargado del siglo. Carrera viene en una fragata de Norte América; vaya esta noticia para que todo no sea alegre; mucho siento este accidente por lo que puede influir en el desorden de ese hermoso país. Adiós, amigo; deseo a Ud. salud y victoria; mis respetos a su señora madre y hermanita, y Ud. cuéntame siempre en el número de sus verdaderos amigos. — Q. B. S. M. — Juan Florencio Terrada. — Buenos Aires, 17 de Enero de 1817.

A esta carta, que venía a enterrar a O'Higgins de la inmensa responsabilidad que sobre él iba a recaer en pos de la primera victoria, respondió el héroe:

"Señor don Juan Florencio Terrada. — Cordillera de Los Patos, Enero 28 de 1817. — Mi querido y antiguo amigo: Al montar a caballo para marchar a la victoria a la muerte, vino a mis manos su muy interesante y apreciable carta reservada, y con el mayor placer contesté que seguía todas

trado por la pendiente del más infatigable pesimismo a hombres y partidos. Por otra parte, no ha llegado aún el momento oportuno de pronunciar un juicio definitivo sobre los hombres que actuaron en nuestra revolución emancipadora y los sucesos que los separaron, porque a pesar de los años transcurridos, no nos hemos depurado todavía del sedimento de las pasiones que nos legara, conjuntamente con el acervo de sus glorias, la Patria Vieja.

Pero en todo caso esas cartas revelan, como lo dijimos antes, el pensar y el sentir del Gobierno de Pueyrredón (pensar muy sensato y sentir muy noble) relativo a nuestro país, que iba a ser restaurado en su libertad y sus derechos con fuerzas organizadas en territorio argentino, por un jefe argentino y a la sombra de la bandera argentina.

Siempre merecerá, pues, el homenaje de la gratitud chilena el gobernanter argentino que auxilió la empresa, autorizó su marcha al amparo y protección del Gobierno que presidía; y que, por último, estadista de alto vuelo, supo respetar y hacer respetar los derechos del pueblo vecino, cuya suerte dependía en ese instante, en no pequeña parte, de la voluntad del Director de las Provincias Unidas del Plata.

A su noble vincula la gratitud chilena, por análogas razones, los del Ministro Terrada y del oficial mayor del Ministerio de la Guerra, don Tomás Guido, más adelante representante de su Gobierno en Santiago.

La carta que O'Higgins dirigió a San Martín desde la Quebrada Ancha, el 2 de Febrero, tiene también no escasa importancia histórica, pues en ella se revela que el antagonismo entre el brigadier chileno y Soler, no tuvo por sola causa la actitud de O'Higgins en la batalla del 12, como lo han sostenido invariablemente los historiadores de aliento y a quende los Andes.

Expresamente autorizado por San Martín para abrir o imponer a la correspondencia del jefe de la vanguardia, O'Higgins se encontró con que Soler tergiversaba la relación de los acontecimientos de la marcha en detrimento del buen nombre del jefe de la segunda división. Y para rectificar a aquel y puntualizar los hechos, escribió la carta referida, que va a continuación:

"Señor don José de San Martín. — Mi amado amigo: He aporto la correspondencia del jefe de la vanguardia, como Ud. me la previó. He leído los mismos atravesados. Dice que ayer tarde no rida llegaron a su campamento las cargas de provisión, cuando temprano, por la mañana, las vi yo pasar por él. Dice que ignora si sos que él. No puede ser así, cuando sus mismos oficiales y ayudantes han visto marchar esta división en el mayor orden y unión, y el mismo Soler, que lo sabe, me escribió ayer para que no me moviese hoy hasta las dos de la tarde, sin duda para que no lo alcanzase, como sucedió ayer a las cuatro de la tarde, que alcancé a divisar su retaguardia desde este punto.

"Si lo dice por la escolta, no tengo la menor duda que su comandante, al intento, contra mi orden, se adelantó para quedar en la división de vanguardia, pues, desde que llegó aquí, ni me avisó de ello, ni hasta hoy me ha escrito una letra." Bien que tuvo orden del general Soler de marchar con él. La guardia que escoltaba la provisión, y dije a Ud. ayer había quedado más allá del alto, está en los Patillos sin novedad alguna. Las mulas de la provisión, bastante rendidas. A un tal Ortiz, que conduce provisión para la vanguardia, lo he mandado marchar a la ligera, porque las 13 cargas de provisión que ayer dije a Ud. iba a mandar a Soler, no se han podido efectuar por las mulas, y las de Ortiz vienen mejor.

"Ayer se fué el extranjero mayor a incorporarse a la vanguardia por haber tenido órdenes para ello de su general. Hoy se ha muerto un soldado del N.º 7, en su cama: todos ignoramos cuál fué su mal; un barbero, que hace de profesor y no sabe leer, menos podría acertar.

"Voy a salir para los Patos u Horqueta; allí quedarán mañana los 60 hombres que Ud. me ordenó.

"Celebraré conserve Ud. la salud, que sobre todo me interesa, y le pongo de su más fiel amigo Q. B. S. M. — Bernardo O'Higgins.

Pero no se vaya a creer que O'Higgins se dirige solamente al general en jefe para darle cuenta en un documento privado de sus desinteligencias con Soler. El mismo día dirigió al general de la vanguardia una comunicación oficial en que le manifestaba directamente su extrañeza por las quejas de Soler sobre los aprovisionamientos de víveres, comunicación que termina con esta frase en que revela toda la altivez de su carácter: "Si yo fuera proveedor general, quedaría sin duda alguna responsable a las necesidades que Ud. sufre. — Dios guarde a U.S. muchos años".

Las divisiones secundarias que San Martín hizo pasar por los bocaneros de Comocabollos, sobre la provincia de Atacama, del Azufre hacia Coquimbo, de los Pluquenes hacia Santiago por la hoya del Malpo y la de Freire por el Planchón sobre las provincias meridionales, hicieron su ruta sin variar un punto el itinerario que les fué trazado y llegaron en comento

tido con celo y patriotismo, contribuyendo de manera eficaz al éxito completo de las operaciones trascendentales que se iban a desarrollar simultáneamente en Chacabuco.

Las fuerzas que, al mando del teniente coronel don Juan Manuel Cabot, pasaron por el portezuelo del Azufre hacia Coquimbo, derrotaron a fuerzas realistas muy superiores, cerca del pueblito de Barraza (en el departamento de Ovalle), el 9 de Febrero; pero Cabot empujó el brillo de su triunfo con depredaciones y saqueos que O'Higgins condenó más adelante, enérgicamente, en oficio de 7 de Abril al gobernador de Cuyo, pidiéndole "el embargo de gruesos cargamentos de varias especies que con escándalo en el lustre de las armas argentinas ha saqueado de la provincia de Coquimbo el comandante don Juan Manuel Cabot".

La del comandante don Ramón Freire sorprendió y derrotó a los dragones realistas en Cumpeo, cerca de Talca, haciéndoles buen

número de prisioneros y tomándoles algún material de guerra. Poco después Freire, al frente de dos mil hombres, entraba triunfante sucesivamente en Talca, Curicó y San Fernando.

En resumen, dice el comandante Díaz, del Estado Mayor, las operaciones del Ejército de los Andes habían sido efectuadas hasta aquí en una forma brillante y aún las más pequeñas fracciones habían sido favorecidas por el éxito más completo.

Estamos en la víspera de la batalla de Chacabuco, coronamiento digno del Paso de los Andes, y portada de oro de la Patria Nueva. Al prepararnos a celebrar esa gran fecha, no olvidemos que los pueblos sólo son verdaderamente grandes cuando exaltan las tradiciones de la raza, que se basan en los hechos de su historia.

Miremos atentos hacia el porvenir, sin olvidarnos nunca del pasado.

ERNESTO DE LA CRUZ.

Una obra de previsión social

Iniciativa del Director de la Caja de Crédito Hipotecario.—La Población Agrícola de Graneros.—Modelo de granjas.—Construcciones modernas y económicas.—Beneficios locales

Sabedores de la transcendencia que tiene toda obra encaminada a disminuir la situación precaria del pueblo, no hemos dirigido en días pasados a visitar la Población Agrícola de Graneros, creada por la iniciativa del Director de la Caja de Crédito Hipotecario, don Luis Barros Borgoño, en la extensión de terreno de 100 cuerdas, que posee dicha institución, entre la línea central de los Ferrocarriles del Estado y el camino público a Rancagua.

Esta zona, productora de toda clase de cereales, con grandes fundos explotados con los últimos adelantos modernos y cercana al mercado de la capital, es la prueba evidente del valor que representan los terrenos de propiedad de la Caja, y que se han destinado para la venta, en pequeños lotes construidos y a precios muy equitativos y con la ventaja de su pago en cuotas mensuales.

Los propósitos que han animado a la Caja Hipotecaria, para la realización de esta obra, son de un valor inapreciable, ya que no se persigue lucrar, sino fomentar en el pueblo el amor a la economía y a la propiedad. El individuo que, saliendo de su situación de inquilinato, en que se les mantiene en las grandes haciendas, se hace propietario, se eleva doblemente en su nivel moral, y se hace más respetoso por su persona y por la familia que forma, educando a sus hijos en la conciencia, de que serán mañana los propietarios.

Después de poder apreciar esta mudanza, desde el rancho a la casa que ofrece comodidades y holganza, se nos ha aliviado el espíritu y hemos comprendido que también ese pueblo, lleno de enfermedades, sin moral, y con vestigios de la indiana araucana, es capaz de mantenerse en un ambiente mejor y más adecuado a la vida humana.

Y por estas razones, es doblemente laudable la obra de que nos ocupamos.

Hay una gran actividad en la prosecución de los trabajos iniciados, y a cada paso se nota el nuevo marco de unos cimientos que se empiezan, para una nueva finca, para un nuevo propietario.

Desde la fecha de la inauguración de la Población Agrícola, cuando la primera Conferencia del Ahorro, hasta hoy día, la realización de la obra se presenta con todo el carácter de un triunfo, bien merecido por el empeño del Consejo de la Caja Hipotecaria y para el espíritu innovador y moderno de su Director.

Para los utopistas, para los pesimistas del bien social, la realidad apóstata está ahora en la realización de esta

aseados, con sus papeles alcos y sus establos brillantes; en todo hay orden y cuidado, y se ve el esmero de sus habitantes por vivir mejor, haciéndose recordar las viviendas europeas, que delatan al obrero culto, que se aprecia y que vigila por su familia.

Como un estímulo y no como una necesidad, se instituirá un premio a la casa que sea mejor tenida.

Después de poder apreciar esta mudanza, desde el rancho a la casa que ofrece comodidades y holganza, se nos ha aliviado el espíritu y hemos comprendido que también ese pueblo, lleno de enfermedades, sin moral, y con vestigios de la indiana araucana, es capaz de mantenerse en un ambiente mejor y más adecuado a la vida humana.

Y por estas razones, es doblemente laudable la obra de que nos ocupamos.

Hay una gran actividad en la prosecución de los trabajos iniciados, y a cada paso se nota el nuevo marco de unos cimientos que se empiezan, para una nueva finca, para un nuevo propietario.

Desde la fecha de la inauguración de la Población Agrícola, cuando la primera Conferencia del Ahorro, hasta hoy día, la realización de la obra se presenta con todo el carácter de un triunfo, bien merecido por el empeño del Consejo de la Caja Hipotecaria y para el espíritu innovador y moderno de su Director.

Para los utopistas, para los pesimistas del bien social, la realidad apóstata está ahora en la realización de esta



UNA DE LAS AVENIDAS DE LA POBLACION

de su heredad, adquirida y cultivada por sus propios manos.

Se logra, por este medio, retirar al pueblo del ambiente miserable en que vive, se consigue la destrucción del rancho de totora, mal cliente y antibigiénico, y se les da un hogar aseado, se les habilita al orden y se les estimula, dándoles comodidades que ellos tratan de ampliar con su trabajo.

Problema tan interesante, valía bien la pena de estropearlo detenidamente, ya que en su gestación han actuado hombres de innegable versación en las cuestiones sociales.

Después de dos horas de tren, avistamos la estación de Graneros, y sin necesitar que el arquitecto de la Caja Hipotecaria, don Ricardo González, nos dirigiera la construcción de los edificios nos llamara la atención, vimos esparcidos un sinnúmero de pequeños chalets, que pintados en tonos claros y

verría Cazotte, en donde se ha establecido un criadero de árboles y plantas para proporcionarles a los propietarios a un precio muy inferior a los corrientes. (En este mismo jardín, se enseña a los niños, agricultura práctica y se les remuneran sus servicios; un departamento, recién instalado de fuerza eléctrica que da luz a toda la población y a varios fundos; una poderosa bomba para distribuir el agua potable; obras de alfarería, hornos de ladrillos y adobes para disminuir el costo de las construcciones; en plena Plaza, la escuela de la Caja de Ahorro, guardadora de todos los intereses, servida por empleados activos e inteligentes, que viene a coronar esta obra que ha hecho ganar considerablemente a la zona riquísima en que está ubicada.

Recordamos en toda su extensión la propiedad de la Caja y pudimos notar cómo el pequeño propietario, sacaba con el cultivo ordenado y metódico de su finca, el mayor rendimiento, dándose el caso de uno, con quien conversamos, que había recogido seiscientos pesos por la venta de los tomates producidos en cinco metros de terreno!

Todos tienen su pequeño jardín, cultivado con gracia; de los balcones caen manojos de yedra-rosas; los interiores

obra, a que le han dedicado sus mejores esfuerzos el Inspector General don Agustín Baeza Espideira y su Administrador don José Manuel Compañón. De las condiciones estéticas de las construcciones, bastanos decir que han sido estudiadas por el arquitecto Ricardo González, de especial preparación y gusto refinado.

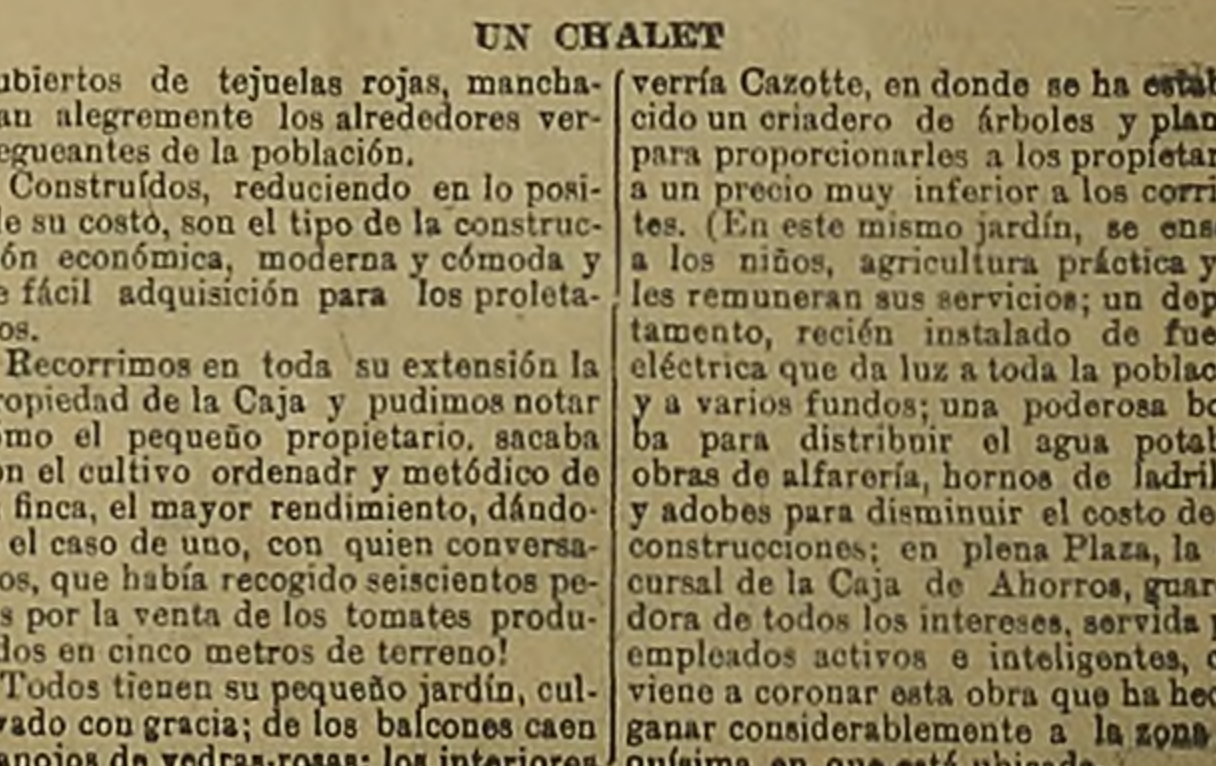
Se ha previsto todo: no se han limitado sus fundadores a construir las pequeñas granjas, sino que también a darles todo lo necesario para que puedan vivir dentro de las exigencias y de las necesidades más apremiantes.

Se han delineado las calles, orilladas de árboles; se ha trazado un local destinado a la Plaza pública, en donde se construyen jardines para que vayan a retomar los pequeños; hay un terreno, dedicado al Stadium para el desarrollo de la cultura física; al Gobierno pedirá propuestas para construcción de una escuela pública; hay un jardín escolar, bajo la vigilancia de don Carlos Eche-

verría Cazotte, en donde se ha establecido un criadero de árboles y plantas para proporcionarles a los propietarios a un precio muy inferior a los corrientes. (En este mismo jardín, se enseña a los niños, agricultura práctica y se les remuneran sus servicios; un departamento, recién instalado de fuerza eléctrica que da luz a toda la población y a varios fundos; una poderosa bomba para distribuir el agua potable; obras de alfarería, hornos de ladrillos y adobes para disminuir el costo de las construcciones; en plena Plaza, la escuela de la Caja de Ahorro, guardadora de todos los intereses, servida por empleados activos e inteligentes, que viene a coronar esta obra que ha hecho ganar considerablemente a la zona riquísima en que está ubicada.

Recordamos en toda su extensión la propiedad de la Caja y pudimos notar cómo el pequeño propietario, sacaba con el cultivo ordenado y metódico de su finca, el mayor rendimiento, dándose el caso de uno, con quien conversamos, que había recogido seiscientos pesos por la venta de los tomates producidos en cinco metros de terreno!

Todos tienen su pequeño jardín, cultivado con gracia; de los balcones caen manojos de yedra-rosas; los interiores



UN CHALET

Cróquis del paso de Los Andes, trazado por O'Higgins en 1880, al reverso de una carta

preferencia a la marina en sus primeros años, o sea, mientras sus estadas en Londres y Cádiz le pusieron en contacto con soldados y pilotos. Pero bien pronto, de regreso a la patria, se apasionó por el cultivo de la tierra, consagrándose por entero a las faenas campesinas en su remota estancia de las Canteras.

De costumbres sencillas y afable trato, no tuvo el brigadier chileno las petulancias provocativas de Soler; esas que en la más alta cecidad de la vida de ambos hicieron tener un lance de honor en Chacabuco, y que poco después de la entrada triunfal en Santiago originaron el llamado de éste a Buenos Aires.

En los últimos días de 1815 quedaban terminados en Mendoza los aprestos del ejército chileno-argentino de los Andes; y el 9 de Enero siguiente comenzó la movilización de los cuerpos.

El 13, un destacamento de 80 infantes y 20 hombres montados, a las órdenes del teniente coronel don Ramón Freire, emprendió la marcha hacia el sur, con el objeto de tomar el paso del Planchón y sublevar las provincias meridionales de Chile, levantando guerrillas y destruyendo las fuerzas realistas por aquella parte.

El 18, el coronel don Gregorio de Las Heras salía hacia Uspallata con el Batallón N.º 11, treinta granaderos a caballo y dos piezas de artillería con su dotación de sirvientes.

El día 20 se movilizaba otra división a las órdenes del teniente coronel don Rudecindo Alvarado; y el 21, emprendían la marcha, con dirección a Los Patos, el Batallón N.º 7, y veinte artilleros al mando del brigadier don Bernardo O'Higgins.

El 23 se movilizaban los regimientos de Granaderos a Caballo y los hospitales militares; y, final-

El 8, una buna parte del ejército ocupó a San Felipe y el coronel Las Heras acampó su tropa en las proximidades de Santa Rosa de Los Andes, quedando así libre a las operaciones de los patriotas el valle de Aconcagua, y en aptitud éstos de tomar la posición más conveniente para la batalla campal, que no había de tardar.

La correspondencia cambiada durante la marcha entre los jefes de las distintas divisiones, como asimismo, la recibida de Buenos Aires, tiene un excepcional interés. La primera comunicación con que nos encontramos es una carta reservada del Ministro de Guerra del Gobierno Directorial del Plata a O'Higgins, carta que viene a destruir en parte la leyenda del desprendimiento de San Martín al negarse a aceptar el cargo de Director Supremo después de Chacabuco; habla muy alto del Gobierno de Pueyrredón, que acordó la medida a que ella se refiere. Es justo expresar, por otra parte, un convencimiento que si no está basado en documentos, es de dudosa lógica en el estudio de la idiosincrasia del Capitán de los Andes: el de que no fué ajeno a la resolución del Gobierno de Buenos Aires, insinuando él mismo, y quizá exigiendo que O'Higgins fuera designado Presidente del Estado, que se iba a restaurar con el ejército que el propio San Martín mandaba en jefe.

Esa carta reservada, e inédita hasta hace pocos días, en que ha aparecido incluida en la recopilación que de la correspondencia del héroe se ha dado a la luz pública, dice así:

"Señor brigadier general don Bernardo O'Higgins. — N.º 15. — Muy reservada. — Mi caro y antiguo amigo: Acabo ahora mismo de firmar la orden al Capitán General para que, luego que pise el

traición de los que lo gobernaron desde setiembre de 1810 hasta el mismo mes de 1814, y conociendo igualmente la opinión que el calor de la amistad le ha conducido a formar de mi carácter, no me sorprende ver que Ud. haya influido a fin de que luego que pise el territorio de Chile esa yo nombrado Presidente de él, con entera y absoluta independencia de ese Gobierno. Los fundamentos sobre que su Gobierno ha decidido sobre esta materia reflejan tanto en su honor como en el mío. La llegada de Carrera en estos críticos momentos es una circunstancia que no puede halagar a Ud. como a ningún patriota recto y juicioso que esté bien impuesto de su conducta en Chile. No obstante, si la Divina Providencia fuese servida coronar al Ejército Libertador con la victoria, las maquinaciones de ese hombre no pueden influir mucho en un país donde se tan bien conocido, y por cuya conducta el pueblo chileno ha sufrido por más de dos años la opresión española, a que exclusivamente se deben atribuir sus humillaciones. No puedo, finalmente, concluir mejor esta carta, sino con aquellas palabras que Ud. tantas veces ha expresado su aprobación, porque están de acuerdo con su conducta y sus propios sentidos, que son: "Vivir con honor o morir con gloria". Yo las pronuncio siempre en las batallas, y si no fuese digno de ellas, venga entonces sobre mí el mal que me sería más sensible, que es la pérdida de la amistad de Terrada. Mi expresiones a su digno tío, el señor canónigo Freire, y se repite eternamente suyo. — Bernardo O'Higgins".

No es extraño que el grande hombre exprese en esta carta, conceptos relativos a don José Miguel Carrera, que la Historia no podrá aceptar sin beneficio de inventario ya que entre nosotros la exacerbación de las pasiones políticas, — entonces como ahora, — han arras-

trado por la pendiente del más infatigable pesimismo a hombres y partidos. Por otra parte, no ha llegado aún el momento oportuno de pronunciar un juicio definitivo sobre los hombres que actuaron en nuestra revolución emancipadora y los sucesos que los separaron, porque a pesar de los años transcurridos, no nos hemos depurado todavía del sedimento de las pasiones que nos legara, conjuntamente con el acervo de sus glorias, la Patria Vieja.

trado por la pendiente del más infatigable pesimismo a hombres y partidos. Por otra parte, no ha llegado aún el momento oportuno de pronunciar un juicio definitivo sobre los hombres que actuaron en nuestra revolución emancipadora y los sucesos que los separaron, porque a pesar de los años transcurridos, no nos hemos depurado todavía del sedimento de las pasiones que nos legara, conjuntamente con el acervo de sus glorias, la Patria Vieja.

Crítica literaria

Seribendi recte an-
pere est et principi-
um et fons.—Horo-
dus.

Ernesto de la Cruz.—"Epistola-
rio de O'Higgins". 1798-1823.—
Obra premiada por el Supremo
Gobierno, 1917. Santiago de Chile.
(32x15); 400 p.; rústica.

El próximo aniversario de Cha-
cabuco da a este libro extraordinari-
dad actual.

Se trata de una obra excelente,
obligada a figurar en nuestras
bibliotecas y que debiera difundirse
por todas las escuelas de la
República, como un poderoso fermen-
to de amor patrio.

El compilador de esta corres-
pondencia, don Ernesto de la
Cruz, que ya tiene ganada notori-
dad en los estudios de historia
americana, da con éste un muy
considerable paso en el campo de
las investigaciones históricas. Su
libro pudiera creerse la obra de
un veterano en esta rama del sa-
ber.

Las 172 cartas del Epistolario,
prolijamente comparadas con sus
originales, están anotadas con
sustancial brevedad, puesto ahí
todo lo necesario y nada más que
lo indispensable para esclarecer
la correspondencia de O'Higgins y
mostrar la evolución de sus
ideas y propósitos.

Muchas de las muchas anotaciones
biográficas con que el se-
ñor de la Cruz ilustra el texto,
son cumplidos y definitivos ju-
cios históricos, imparciales y be-
névolos; algunas de ellas rectifi-
can equivocadas apreciaciones de
los historiadores precedentes.

Esa misma imparcialidad lo
fuera en ocasiones a ser duro y
marcar con frases de fuego a de-
terminados personajes, como por
ejemplo, a Montecinos. En con-
dena y terribles palabras re-
toma en la página 186 un fallo
que seguramente no casará la
posteridad.

No menos interesantes ni he-
chos con menor habilidad son los
resúmenes de que el autor hace
preceder la correspondencia de
O'Higgins en ciertos períodos. Son
concisos de conjunto, claros y so-
brios pero en que resaltan las li-
neas fundamentales de nuestra
historia patria.

La Cruz narra sencillamente, sin apa-
sionarse, y con la misma serenidad
juzga los hechos tan conocidos
de nuestra independencia. Su
juicio sobre el héroe de Chacabuco,
sobre su política interna e in-
ternacional, queda en sus rasgos
generales, fundado e insustituible.

El esmero con que está ilustra-
da la correspondencia, el enorme
trabajo de búsqueda que acudió
entre otros comentarios y la plu-
sibilidad de algunas conjeturas,
avaloran considerablemente el li-
bro. En este un magnífico anti-
cipio sobre las muchas y sazonadas
obras que aún puede brindarnos el
loven y sagaz historiador.

Naturalmente, la figura de más
interés en el volumen es O'Hig-
gins. Trazada por su propia ma-
no en las varias circunstancias
que trajo el transcurso de los
años, se nos presenta ella con es-
peciales caracteres, más diversos
e íntimos que la semblanza que
nos ofrece la historia. Es, este
Epistolario, el más precioso y
autoritativo documento sobre la
historia de nuestra emancipación.

Esta larga correspondencia manifiesta la constante unidad de sus
ideales y sentimientos; junto al
héroe, al patriota ardoroso y al
gran estadista, nos descubre al
hombre privado, con sus ternos
afectos y sus generosos arranques e
irreprochables condiciones de fe-
de de hogar. Esta es la otra faz
de la medalla, que hasta ahora
veíamos sólo por una cara.

En sus largas, incorrectas y po-
co elegantes frases, se plasma un
alma toda nobleza y caballeres-
cos impulsos, un alma en que
conviven la gracia humorística, el
encendido patriotismo, la sinceridad,
la honradez y la penetrante
observación de los caracteres. Es-
to último, cuando la pasión no
arabla su claro intelecto.

Sus firmes convicciones libera-
les y republicanas no se desmenten
un punto en los 25 años de
esta correspondencia. Relean, no-
bre todo en las últimas cartas,
extraordinaria dignidad y altura
de miras. Cuando el héroe ve des-
conocidos sus servicios a la pa-
tria, la profunda melancolía que
ellas reflejan impresionan los án-
imos. En esas novísimas verba a
Bolívar y San Martín, el héroe
se mantiene a la altura de la glo-
ria conquistada, con un gesto de
noble conformidad que la historia
no olvidará.

Lo que en estas cartas seduce
es la fidelidad con que siguen los
menores movimientos del alma
de O'Higgins. Aquí no hay apres-
tos retóricos ni estudiosos adorno-
s. La frase brota espontánea,
y nos impresionan porque antes que
nosotros se emocionó el mismo
O'Higgins al escribirla.

Muchísimas páginas pudiera ci-
tar en confirmación de este ju-
icio. Vayan algunas de muestra.

Aquí tenemos, de sus primeros
años, unas frases que pintan al
héroe en hermoso ademán de pa-
triotismo: "Sin embargo, mi que-
rido amigo, he pasado ya el Ru-
biñón. Es ahora demasiado tarde
para retroceder, aún si lo de-
siera, aunque jamás he vacilado.

Me he alistado bajo las banderas
de mi patria después de la más
madura reflexión, y puedo asegu-
rar a Ud. que jamás me arrepien-
tiré... El mismo espíritu malig-
no que hizo correr la mejor san-
gre de Quito y de La Paz está se-
diendo de la nuestra, y por mi
parte yo sólo deseo que aquella
que haya de verse correr, no en
los patibulos, sino en los campos
de batalla". (P. 24).

En la misma carta, que es una
de aquellas en que mejor se trans-
parentan los generosos impulsos
de O'Higgins resalta este párrafo:
"Me encuentro a la cabeza
de... valientes y adictos que ni
me venderán, ni me harán traición,
ni me abandonarán, pudiendo
morir a su frente, si el desti-
no no me deja mejor alternati-
va, y a decir verdad, no habría
una manera más conforme a mis
sentimientos para terminar mi ca-
rera de gloria". (P. 28).

"Vale la pena el gusto arro-
gado de reto al poder opresor". Y
a continuación viene párrafo de
sinceridad única, de conmove-
dora modestia que nos gana el
alma.

Resumamos estas protestas de
incomparable elevación moral:
"he respirado por primera vez en
Chile y no puedo olvidar lo que
debo a mi patria. Mirar con apa-
sionada y su degradación sería
violar abiertamente un gran
principio moral que me enseñaron
a venerar desde mis primeros
años; esto es, que debemos poner
el amor patrio inmediatamente
después del amor hacia el Crea-
dor". (P. 30).

Es más que un soldado afor-
tunado quien escribe estas líneas
en que se funden los dos supre-
mos ideales de un ciudadano: es
un gran carácter orientado por
un noble corazón.

Estos anhelos de libertad los
reitera O'Higgins eloquentemente
en este párrafo de otra carta:
"La adorada igualdad es mi ído-
lo. Mil vidas que tuviera me fueran
pocas para sacrificarse por la
libertad e independencia de nues-
tro suelo, y tengo el consuelo de
la idea que la mayor parte de los
descendientes de Atacama obran
por los mismos principios". (P.
27).

La carta a don José Miguel Car-
rera transcrita en la página 47
basta para la celebridad del glo-
rioso general. Tan mesurada en
el tono, de tan íntima y afectuosa
persuasión, tan agena a mis-
teriosas codicias, puede afirmarse
que el espíritu de la patria na-
ciente era el que por mano de
O'Higgins trazó aquella notable
carta. Imposible no citar algunos,
siquiera, de los párrafos del in-
terresistente documento:

"Hable con él (con el portador
de un oficio), con insensibilidad,
y venimos, amado amigo, a poner fin
y evitar las tragedias que nos
amenazan. Haga el sacrificio últi-
mo que la Patria y el honor exi-
gen de Ud. No puede haber cosa
más justa que la que los pueblos
y el ejército desean: que se deje
libre al pueblo de Chile para que
nombrar un gobierno; provisorio
mientras se reúnen los diputados.
Hecho el nombramiento, inmediata-
mente pondrá toda la fuerza a
disposición del nuevo gobierno,
sean quienes fueren los nombra-
dos y de este modo habrá la más
perfecta unión. Estoy tan lejos
de ambicionar, y menos de preten-
der mandando alguno, que en breve
se desengañará de ello. Conozco
si que para conciliar los ánimos
se debe dar ahora paso tan neces-
ario. Hagamos a Chile feliz; eje-
cutemos un acto generoso, para
borrar la mancha del día 26; en-
tremos ambos al mando al
pueblo soberano de Chile, y nues-
tra memoria será eterna. Me obli-
ga a asegurarle que todo este
ejército le adorará por acción tan
generosa... En Ud. pende la sal-
vación del Reino; yo no dudo que
contribuirá a asegurarla, y a dis-
poner de su constante amigo".

Empero (hay que recordarlo),
este espíritu de medida y concor-
dia cede el campo a los más enérgicos
dictados cuando el funda-
dor de la Patria Vieja, el turbu-
lento Carrera, se lanza por la vía
de las montañas que compro-
meten la estabilidad de la naciente
República". (Páginas 122, 123,
241, 262 y 266).

Justo a las páginas severas y
entusiastas, encontramos en el
Epistolario otras de recogido
humorismo, pintorescas o de espi-
ritual observación. Véase, por
ejemplo, esta frase que toma de
la página 104: "Me es muy sen-
tible que los discípulos hayan podido
expresar a un amigo tan ofensa".
"LA NACION" para que lea la carta
que me dirige Paulino Alfonso.
Los que amamos el "verbo" por
la pura belleza de frase redonda,
bien cortada, ingeniosa e profun-
da, lamentamos no ser tan ingra-
tos, cuando ese amigo pitecnico,
en estas cartas el vocablo ingenioso
digno de figurar entre los más
gráficos chilenses; v. gr. Patagón-
izar. ¿No ven ustedes la indica-
ción aplicación que hoy tendría?
Y el queerness imágenes descrip-
tivas, aquí, en la página 177 ha-
llamos una: "Hemos conseguido,
sin embargo, que nos haga una
baja el conserjato del dueño
de este buque, de cerca de 20,000
pesos, que no es cosa despreciable
en estas circunstancias en que
andamos arruinados parecidos para
pagar los gastos mensuales".

No siempre gustaba estas ocu-
rrencias O'Higgins. Solía exage-

rar las cualidades opuestas y
ofuscado por la pasión, formar
exagerados juicios de las personas.
Más de una de tales apreciaciones
injustas ha tenido que rectifi-
car el señor de la Cruz. Sirvan
de muestra los casos del distin-
guido militar don Enrique Cam-
pino (p. 53) y de don Tomás Gui-
do (p. 174).

Pero estos errores de aprecia-
ción son fáciles de enmendar; la
misma correspondencia, en su
completa buena fe, lo permite.
O'Higgins no intenta ensañarnos.
Lo que no admite duda y me-
rece el más entusiasta aplauso es
la escrupulosidad, la puritana hon-
radez del héroe. De ella tenemos
un ejemplo que fuera delito no
recordar: es la pequeña carta nú-
mero 21 (p. 58). O'Higgins es-
cribe en estos términos a San
Martín: "Yo desearía aliviar en
cuanto me fuese posible al Estado
del gravoso peso que debe ocu-
sionarle, a no tener que atender a
una familia que, igualmente que
se halla envuelta en la persecu-
ción del enemigo común. Es por
esta obligación que usando de la
franqueza con que Ud. me dis-
tingue, le suplico se me libren a
sus Cajas cien pesos a cuenta de
la asignación que se me señala-
se, cuya cantidad será de grande
alivio a su más atento servidor y
apasionado amigo". ¡Ejemplo no-
bilísimo de moralidad cívica que
retrata a un individuo!

Las últimas cartas del Episto-
lario nos muestran a O'Higgins,
en ejercicio ya de la autoridad
suprema, barajando las intrigas
políticas en el interior, colaboran-
do en los magnos sucesos de la
emancipación sud-americana, aten-
to a todo, con incansable activi-
dad, y en todo minuto de su vida
al servicio de los ideales de inde-
pendencia republicana por que
alentó hasta su muerte.

Esta inquebrantable firmeza de
convicciones políticas, no doblega-
da ni por el grave y temible in-
flujo de sus émulos Bolívar y San
Martín, es algo que lo honra y lo
coloca en la esfera de los gran-
des fundadores de pueblos. Con
plena justicia pudo, pues, O'Hig-
gins dar de sí propio el testimo-
nio que sirve de epígrafe al Episto-
lario: "El porvenir demostrará
al mundo si he obrado bien o
mal; todo lo que puedo asegurar
es que mis intenciones han sido
siempre puras".

Es el más alto y noble tributo
que pueda rendirse un ciudadano.
Y por eso es que a pocos puede
aplicarse mejor que a O'Hig-
gins la frase lapidaria de Tácito:
"Otros habrán conservado por
más tiempo el imperio; ninguno
lo habrá resignado con más gran-
deza de alma; Allí diluvis imperi-
um tenebant: nemo tam fortiter
reliquit!".

EO PAR.

DESDE VIÑA DEL MAR

Vina de antaño y Vina de hogaño.—Recuerdos
y recordados....—El sprk.—Un vecino
que ronca...

Señor Director:

¡Cris! Ud. que le escribo para re-
frescar con brisas maritimas su ca-
beza caldeada en la hornilla an-
tiagua. ¿Sería una ilusión de-
nominada primaveras para la can-
dela que atraviesamos. Escribo
por razones íntimas que me guar-
do.

Me pide Ud. correspondencia
de este aristocrático balneario? La
empleo con mi salida de Santia-
go y las dos horas de arriazo en
Quilicura por desahucio de un
tren de carga que obstruía la
línea. Ante esta mala suerte de
los servicios chilenos, se llena
con ternura en los ferrocarriles
alemanes. Si alguna vez pasa Ud.
la frontera formidable, al entrar
al vagón, crea que ha caído en
brazos del Imperio alemán. Des-
de ese instante, ponga su mente
en huelga.

Todo está hecho, dispuesto, pre-
visto para que el feliz viajero lle-
gue a término, llevado por mano
de los ángeles. Si Ud. piensa o
prevé algo, podría desahucio el
tren, pues el solo caso que no está
previsto por la empresa es el del
viajero prevenido. ¡Comprenden
ustedes, nacidos en la tierra del
inconveniente perpetuo, de las co-
sas mal hechas y a destiempo, lo
que significa para el aprovechamien-
to de la vida esa providencia
subterránea, emanada directamen-
te del Supremo Ídolo?

Para ejemplo, recordará mi pri-
mer viaje en tierra germánica. Mi
esposo (vestido de militar) me co-
locó en un vagón. Yo no sabía
ni una palabra de esa lengua ter-
rible. A poco de salir el tren, se
acercó el conductor y debió ha-
blarme, pero yo creí que sufría
de bronquitis y que carraspeaba
grueso, después me pareció que
me retaba; pero como sus ojos
eran claros e ingeniosos y atenúa-
ba la excesiva fuerza de sus
mostachos, comprendí que se po-
nía a mis órdenes. En la estación
del almuerzo me cogió de la ma-
no, me instaló, me hizo servir,
me ajustó la cuenta de restaurant
y me depositó en el tren, traspa-
sándole a su debido tiempo al
conductor francés, que me quan-
donó a la triste suerte de mujer
miopie que viaja sola. En países
tan admirablemente constituidos,
que así cuidan el alma y cuerpo
de sus huéspedes, ¿es extraño que
los más elevados de las artes—la
música—haya encontrado innova-
ciones y creadores como Wagner?

...Pero todavía estamos en
Quilicura con hambre, sed y ca-
lor. Don Pancho Subercaseaux se
pasea nervioso, parece reflexionar
en la verdad del adagio "Time is
money". Conocida es su proverbial
movilidad, que ha transmitido
a su raza, en forma, que sus nie-
tos no permanecen en el claustro
materno, ni el tiempo prescrito
por la naturaleza. Pero ahora to-
ca su inquietud no moverse ni
un instante. Un amigo me ofrece
"LA NACION" para que lea la carta
que me dirige Paulino Alfonso.

Los que amamos el "verbo" por
la pura belleza de frase redonda,
bien cortada, ingeniosa e profun-
da, lamentamos no ser tan ingra-
tos, cuando ese amigo pitecnico,
en estas cartas el vocablo ingenioso
digno de figurar entre los más
gráficos chilenses; v. gr. Patagón-
izar. ¿No ven ustedes la indica-
ción aplicación que hoy tendría?
Y el queerness imágenes descrip-
tivas, aquí, en la página 177 ha-
llamos una: "Hemos conseguido,
sin embargo, que nos haga una
baja el conserjato del dueño
de este buque, de cerca de 20,000
pesos, que no es cosa despreciable
en estas circunstancias en que
andamos arruinados parecidos para
pagar los gastos mensuales".

No siempre gustaba estas ocu-
rrencias O'Higgins. Solía exage-

(smiling eyes) acta los honores
de la aldea. Era la perfecta "ma-
tresse de maison" que sabe adap-
tarse a todos los medios y poner
cada uno cómodo en su casa.
Venían a acompañarla durante el
verano, misá Rita, misá Trini-
dad y misá Eduvís.

Muy religiosa la primera, vela-
ba por la observancia de todos los
preceptos, apuntando vigilias, ayu-
nos y fiestas de guardar, con es-
píritu práctico las otras dos y len-
guajes pintorescos, creados por
ellas mismas, usaban todas bas-
quilas de merino y tarraleta y se
congregaban a rezar el rosario.
Las tres miraban la vida como
un préstamo de usurero y lo sa-
caban el grueso interés. Gora-
ban de todo. Oían misa diaria y
pitaban rapé; charlaban con el cu-
rro y confían bien.

Misá Mercedes reunía en su
quinta a todo ese mundo antiecu-
do de Santiago marca desposee
de la raza y a los extranjeros de Va-
lparaíso, habiéndole a cada cual
en su propia lengua natal. Era el
centro de la aldea. Cuando los
gringos se excedían bailando con
nosotros, misá Rita ponía una si-
la al medio de la sala, para de-
tener el empuje de las parejas
embaladas. Seguía en importancia
la calle de la Montaña, poblada
por dos familias ilustres, sumisas
al "Creed y múltiples" del Se-
ñor. Tribus inmigrantes que se han
reproducido en magníficos brotes:
Las Húngaras y las Subercaseaux.

Las últimas importaron a Chi-
le un artículo desconocido de es-
ta raza de conquistadores intré-
pidos y señores gravísimos. El
Español Importación más valiosa
que la de todos los bichos vivien-
tes y de todos los productos de la
flora y la fauna que adornan esta
tierra bendita. El espíritu es sin
duda un super don del Espíritu
divino, como que no se concede
sino a privilegiados mortales.

El espíritu es en el banquete de
la vida el alifio y la salsa de todos
los platos. No está en ninguna
parte y está en todo, es un pasap-
orte que salva todas las fronte-
ras, un confite que endulza todas
las piladoras, un venenito que ma-
ta sin hacernos reca de asesinato
en esta, ni en la otra vida. Es
una mariposa dorada, que evolucio-
na alrededor de todas las lu-
ces, que pica como una avispa y
zumba como un zancudo, y de la
cual no nos defenderían ni escua-
dras ni ejércitos. Es la cota de
malla, impalpable y sutil que ha-
ce rebotar los dardos emponzoña-
dos. Es el arma más terrible para
el ataque y para la defensa,
porque no la prohibe ningún de-
recho internacional. Con espíritu se
puede decir lo más dulce y lo
más injurioso, libre de compromi-
so y de rencor. Con espíritu se
cobia cobras cuentas y entranparras.

Para mí que Luis XVI se per-
dió sólo porque en el proceso (que
fue largo) no logró nunca colocar
un chiste. Para mí también que
la Iglesia se hundió pronto a la
venida bienaventurada. ¡Huan-
turados los que han espíritu por-
que danñar a su prójimo y no
peccarán!. Y sin embargo tal es la
injusticia humana, que en esta
tierra tiene estatua hasta el Aba-
te Molina y no se le ha hecho a
ningún Subercaseaux! La necesi-
dad de ser chistoso es tan apre-
miante que conozco un señor (y
lo conocen ustedes también) que
incrustado por el lazo conyugal
en dicha familia y careciendo
personalmente de espíritu, se ha
hecho agente comisionista de la
colocación de chistes ajenos. Por-
to volvamos a la aldea de mi ni-
ñez. Se vivía en familia. Íbamos
al baño en carreta. En vez de to-
mar cocktails comíamos tortillas.

Don Guillermo Luján, era un
señor de horca y cuchilla, porque

mandaba en el hotel, fortaleza tan
importante como hasta ahora, co-
razón de la aldea, centro y generador
de la vida del pueblo. Nuestros pla-
ceres eran inocentes. Íbamos a la
estación a ver pasar los trenes ex-
presos y nos dábamos el baño lo más
largo posible, hasta salir conge-
lados (origen de la anemia de mi
generación, que no conocí otro
sport, que darle lance a las olas
del Pacífico). Las niñas de entonces
no podían salir solas, de modo que
para las idas a la estación tuvimos
que buscar un editor responsable: el
tío Domingo Gentil caballero, que
guardaba toda la urbanidad de la
época en que los hombres sa-
bían ser galantes con las damas.
Con quien fuiste a la Estación,
nos preguntaban.—Con mi tío Do-
mingo, contestaban muy entonadas
que tenían derecho para ponerle
promónimo posesivo, que yo apenas
aleaneé a llamarlo con artículo. Pe-
ro como también mandaba a la es-
tación a tomar humo, a los niños
inocentes, el arte se descubrió
presto. Resolvimos expulsar a los
niños, y con herodiana crueldad
nos acercamos a acariciarlos y los
plantábamos unos pellizcos mon-
jiles, que los dejaban chillando du-
rante una hora. Los niños prefie-
rirán ir al encierro, que a la estación.
¡Cómo temo que en la soberana jus-
ticia del Señor, me calga de yerno
alguno de esos párvulos inocente-
mente sacrificados!

En aquel tiempo, la sociedad fe-
menina estaba dividida en dos por-
ciones, la madre con volúmenes de
noje y capota de bridas, y la niña
candorosa. No tuvimos en nuestro
tiempo esa competitiva terrible que
es la mujer casada, hermosa y en
plena posesión de los encantos de
la madurez. Para la joven que as-
piraba a tener un legítimo dueño,
un enemigo formidable, ese tipo de
mujer que Anatole France esculpía
en una de sus admirables frases:
"Amas dulces et qui valent être
consolées".

Esas mujeres son en el paraíso de
la juventud, el árbol de la ciencia
del bien y del mal... que guarda el
secreto de los dioses. El que conoce
el fruto del árbol prohibido, no
quiere comer después de las otras
frutas del jardín bíblico. Por este
nuestro ejemplar de mujeres el ma-
trimonio se ha hecho difícil. Los
hombres gustan más de consolar a
las almas dulces que lo han menes-
ter, que de hipotecar su vida, en un
sacramento, que San Pablo, aunque
célibe, llamó grande.

Nosotros no sufrimos de esa an-
siedad casamentera, que nos a madre
e hijas. Sabíamos que sin esfuer-
zo, sin gastos de "columpiación",
sin dote, atraparíamos el par de
pantalones que nos deparaba la
muerte (y pantalones con dos pie-
ras adentro, lo que no lo lograrán al-
loras las testas coronadas de Europa).
En aquel tiempo no éramos lujosas,
no usábamos camisas de batista ni
medias transparentes, ¡collar de
perlas! ni en sueños llevábamos
sombreros de mote de maíz, vesti-
dos de perezal, medias y zapatos de
guarda campesine.

Y así nos amaron, hicimos perder
el sueño, aspirar y esperar años de
años hasta que nos dio la real gana
de decir: ¡Si! Los jóvenes de nues-
tro tiempo tenían recios los mús-
culos, y magníficas barbas. "Du co-
de de barbe est la tonie puissance".
Eran hombres, en fin, capaces de
protegerlos, de dar un trompón o
un balazo para vengar un agravio.
No conozco a los jóvenes actuales,
pero a través de mis lentos los di-
viso muy farfuts. Nosotros fuimos,
sin duda, niñas más felices que las
de ahora. El espectro del solterazo
nunca nos espantó. Y ya que evoco
ese tiempo, busco a los sobrevivien-
tes del naufragio de la vida. ¿Don-
de están mis contemporáneos, las
lindas muchachas de 1885? Han su-
cumbido en este revuelto mar, solo
veo dos que flotan en la superficie
de las aguas: Emilia C. y Blanca
V. Para mí, flotar es no sólo
conservar la vida, sino conservar el
carácter, la belleza, la juventud y las
ilusiones, que es en donde debieran
contarse nuestros años. El carácter
es el resultado del conjunto de im-
presiones, buenas o malas, que he-
mos recibido. Conservar el carácter
de la juventud significa que la vida
ha sido complaciente con nosotros,
que nos ha servido bien.

Pero volvamos a la actualidad.
Entró al hotel y el gran patio con-
ventual que corrí como animalito
indómito, haciendo encrespas las
barbas fluviales de don Guillermo,
atropellando viejas y derribando ni-
ños, está convertido en un fresco
patio soviético; tiene flores, grandes
árboles y una fuente al centro que
ha enmudecido. Casada, quizá, de
ver y de murmurar en vano, ha pre-
ferido callar, como esos abates del
gran mundo que aburridos de re-
fundar en vano a cada pecado
que oyen, acaban por sonreír... Co-
rrectos señores, de pechugas albas
y de largos habanos entre los bigotes
se pascan en amena charla con da-
mas, que no son avaras de sus ala-



COMESTIBLES
GARANTIDOS
Siempre Frescos
Departamento Especial
— on —
Nuestro Subterráneo
Gath & Chaves
Estado y Huérfanos.

mandaba en el hotel, fortaleza tan

importante como hasta ahora, co-
razón de la aldea, centro y generador
de la vida del pueblo. Nuestros pla-
ceres eran inocentes. Íbamos a la
estación a ver pasar los trenes ex-
presos y nos dábamos el baño lo más
largo posible, hasta salir conge-
lados (origen de la anemia de mi
generación, que no conocí otro
sport, que darle lance a las olas
del Pacífico). Las niñas de entonces
no podían salir solas, de modo que
para las idas a la estación tuvimos
que buscar un editor responsable: el
tío Domingo Gentil caballero, que
guardaba toda la urbanidad de la
época en que los hombres sa-
bían ser galantes con las damas.
Con quien fuiste a la Estación,
nos preguntaban.—Con mi tío Do-
mingo, contestaban muy entonadas
que tenían derecho para ponerle
promónimo posesivo, que yo apenas
aleaneé a llamarlo con artículo. Pe-
ro como también mandaba a la es-
tación a tomar humo, a los niños
inocentes, el arte se descubrió
presto. Resolvimos expulsar a los
niños, y con herodiana crueldad
nos acercamos a acariciarlos y los
plantábamos unos pellizcos mon-
jiles, que los dejaban chillando du-
rante una hora. Los niños prefie-
rirán ir al encierro, que a la estación.
¡Cómo temo que en la soberana jus-
ticia del Señor, me calga de yerno
alguno de esos párvulos inocente-
mente sacrificados!

En aquel tiempo, la sociedad fe-
menina estaba dividida en dos por-
ciones, la madre con volúmenes de
noje y capota de bridas, y la niña
candorosa. No tuvimos en nuestro
tiempo esa competitiva terrible que
es la mujer casada, hermosa y en
plena posesión de los encantos de
la madurez. Para la joven que as-
piraba a tener un legítimo dueño,
un enemigo formidable, ese tipo de
mujer que Anatole France esculpía
en una de sus admirables frases:
"Amas dulces et qui valent être
consolées".

Esas mujeres son en el paraíso de
la juventud, el árbol de la ciencia
del bien y del mal... que guarda el
secreto de los dioses. El que conoce
el fruto del árbol prohibido, no
quiere comer después de las otras
frutas del jardín bíblico. Por este
nuestro ejemplar de mujeres el ma-
trimonio se ha hecho difícil. Los
hombres gustan más de consolar a
las almas dulces que lo han menes-
ter, que de hipotecar su vida, en un
sacramento, que San Pablo, aunque
célibe, llamó grande.

Nosotros no sufrimos de esa an-
siedad casamentera, que nos a madre
e hijas. Sabíamos que sin esfuer-
zo, sin gastos de "columpiación",
sin dote, atraparíamos el par de
pantalones que nos deparaba la
muerte (y pantalones con dos pie-
ras adentro, lo que no lo lograrán al-
loras las testas coronadas de Europa).
En aquel tiempo no éramos lujosas,
no usábamos camisas de batista ni
medias transparentes, ¡collar de
perlas! ni en sueños llevábamos
sombreros de mote de maíz, vesti-
dos de perezal, medias y zapatos de
guarda campesine.

Y así nos amaron, hicimos perder
el sueño, aspirar y esperar años de
años hasta que nos dio la real gana
de decir: ¡Si! Los jóvenes de nues-
tro tiempo tenían recios los mús-
culos, y magníficas barbas. "Du co-
de de barbe est la tonie puissance".
Eran hombres, en fin, capaces de
protegerlos, de dar un trompón o
un balazo para vengar un agravio.
No conozco a los jóvenes actuales,
pero a través de mis lentos los di-
viso muy farfuts. Nosotros fuimos,
sin duda, niñas más felices que las
de ahora. El espectro del solterazo
nunca nos espantó. Y ya que evoco
ese tiempo, busco a los sobrevivien-
tes del naufragio de la vida. ¿Don-
de están mis contemporáneos, las
lindas muchachas de 1885? Han su-
cumbido en este revuelto mar, solo
veo dos que flotan en la superficie
de las aguas: Emilia C. y Blanca
V. Para mí, flotar es no sólo
conservar la vida, sino conservar el
carácter, la belleza, la juventud y las
ilusiones, que es en donde debieran
contarse nuestros años. El carácter
es el resultado del conjunto de im-
presiones, buenas o malas, que he-
mos recibido. Conservar el carácter
de la juventud significa que la vida
ha sido complaciente con nosotros,
que nos ha servido bien.

Pero volvamos a la actualidad.
Entró al hotel y el gran patio con-
ventual que corrí como animalito
indómito, haciendo encrespas las
barbas fluviales de don Guillermo,
atropellando viejas y derribando ni-
ños, está convertido en un fresco
patio soviético; tiene flores, grandes
árboles y una fuente al centro que
ha enmudecido. Casada, quizá, de
ver y de murmurar en vano, ha pre-
ferido callar, como esos abates del
gran mundo que aburridos de re-
fundar en vano a cada pecado
que oyen, acaban por sonreír... Co-
rrectos señores, de pechugas albas
y de largos habanos entre los bigotes
se pascan en amena charla con da-
mas, que no son avaras de sus ala-

mandaba en el hotel, fortaleza tan
importante como hasta ahora, co-
razón de la aldea, centro y generador
de la vida del pueblo. Nuestros pla-
ceres eran inocentes. Íbamos a la
estación a ver pasar los trenes ex-
presos y nos dábamos el baño lo más
largo posible, hasta salir conge-
lados (origen de la anemia de mi
generación, que no conocí otro
sport, que darle lance a las olas
del Pacífico). Las niñas de entonces
no podían salir solas, de modo que